

Homenaje a José Santos González Vera

por ALFREDO ARANDA

601 70)

En la vida de José Santos González Vera hay un perfil de sombras que no será fácil disipar. Sombras en el silencio, pero en un silencio que iluminaría vital. Asiente como estuvo de todo bullicio y —él lo decía—, "para no preocupar a la opinión pública". González Vera miró el mundo con un personal encanto, sonido como en un sueño dilatador del deseo de no estar presente, tratando de evitar, como evitaba, que se descubrieran las llamadas raíces humanas de su existencia.

Es que tenía un mundo propio para observar la inquietud causada por la pobreza, el desamparo, las injusticias. Y, desde esa ventana, veía a los seres y las cosas; los perfiles caricaturísticos, la ingratitud de los objetos que lo rodeaban, como bolando en torno y en circular agitación. Así fue como el escritor vivió su propia pasión, que consistía en no apasionarse, esa pasión que consistía en un caminar lento, indiferente y risueño, pero a la vez lleno de luz interior, la solana luz resplandeciente en su simpatídima charla, en su conversación, en su sonrisa, todo configurando como una veta de un metal extraño, que algo tenía del significado de la búsqueda de la felicidad del hombre que nació Montaigne.

En su obra literaria, —no abundante—, controla también una vez diferente de la que asocianos ver en la literatura chilena. Es la que trae surgiente de una concepción idealizada y en cierto modo realizada con los rasplandores de un arte personal. Esto quizás se explica porque el escritor vio el mundo sólo a su manera, sin amarras, sin convencionalismos, sin disciplinas establecidas, sin reacciones aparentes. Sus cuentos y sus novelas reflejan automáticamente la visión de un escritor distinto a los demás. El anacrono parece venir de la humildad de las gentes del campo y por qué no del día en que su padre decide su destino con un rotundo: "Ahora trabajarás". Y el niño, el adolescente y el hombre trabajan en los oficios más durísimos y humildes. Lustrador de zapatos, aprendiz de panader, oficial de zapatero, maestro de serrín, corrector de pruebas, anticuario, vendedor de revistas y barbero, hasta llegar a la Oficina donde un día de fines de 1890 lo sorprende, antes que a otros, al Premio Nacional de Literatura. Tanto entonces gran parte de su obra escrita en páginas donde venían desfilar a los personajes más curiosos del regionalismo chileno.

¿Quién era este autor? ¿Cómo lucía su figura humana? Un crítico dice que "había en él algo de inconcluso en sus gestos ner-

viosos, en su cigarrillo que no acababa nunca de convertirse en ceniza, en sus despedidas inseguras".

En la vida real se valía de las sonrisas y en su obra literaria de los silencios.

Dijimos ya que encontramos en González Vera un silencio vital. Ese silencio se convierte en sus primeras obras: "Vidas Mínimas", "Alma" y "Cuando era muchacho" en los retratos más vivos, más penetrantes, cuya similitud cae en la literatura nacional. En lo que se ha llamado el humorismo de la imprecisión. No deja de ocurrir lo mismo en el resto de su obra compuesta por "Euprepelia", "Algunos", "La Copia y otros originales" y "Necesidad de Compafía".

Y para demostrarlo así están algunos de sus cabos: "Loreto era bajita, diligada, parlancha, farería roja; pero el oficio pasaba sin causarle quejarse. Su estrecho organismo poseía una fuerza nerviosa, insopchable. Odia la alegría y el ruido" Otra: "Al rato se abrió la puerta y apareció una mujer redonda, pequeña, deformada; una manzana de naco y de barriz". Y, finalmente, "El hombre se volvió y nos saludamos. La mujer le pasó la carta. Era un vejeñón de cara cuadrada y piel amarilla y sucia. El ojo del ojo izquierdo lo tenía cubierto cosa un trozo de pano negro, con una fontanilla. Su bigote recorrido y cardoso parecía un cepillo sin mango".

Ese humorismo de la imprecisión, la manera de ver a las gentes humildes, casi siempre habitantes de conventillos, y este modo de retratarlos con un enfoque especial le dieron a González Vera el tema central de su obra, impregnada de distinguida ternura y de una poesía llorante. Su estilo está libre de sotterencias poéticas, de silencios, de sorpresas, aunque se habla de que en prosa hoy cierta vaguedad.

Pero si tal vaguedad existe, en ella radica precisamente su personal felicidad. En ese silencio, en ese aislamiento, en la soledad. González Vera quiso que no solo se recordara su vida, sino también su propia muerte. Dispuso que junto a su cadáver no se encendiera ningún cirio, ninguna vela. No hubo velorio.

Determinó quedarse definitivamente solo, encerrado en su piso, hasta que su forma humana se convirtiera en ceniza, esa ceniza que ya está esparcida entre las flores del jardín de su casa. Así prefirió que fuese el mundo que lo rodeaba y así dispuso que sucediera su muerte.

Juan Tomás -

20-III-1970-p.3

Homenaje a José Santos González Vera [artículo] Alfrdo Aranda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aranda, Alfredo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homenaje a José Santos González Vera [artículo] Alfrdo Aranda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)